

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

FIESTAS. — DE UN MONJE DE ANTAÑO

Aún faltan dos meses para las fiestas de la coronación, y ya se las siente hormiguar — por decirlo así — en el bullanguero espíritu de nuestro pueblo, el más animado a divertirse de toda Europa. Se sabe de cierto que se están preparando a venir a Madrid infinidad de familias provincianas, que arrostran los peligros y molestias del viaje y estancia en una población tan escasa de buenos alojamientos como es nuestra corte; y el *isidrismo* natural, espontáneo, hace ya latir el corazón de las beldades de pueblo, que sueñan conquistas y triunfos en más amplio escenario...

**

No les arriendo la ganancia a esos forasteros, que abandonan la paz y las comodidades de su casa para venirse aquí, a pasarlo rematadamente mal. Los festejos públicos suelen ser muy incómodos y molestos para todo el mundo, excepto para la gente del pueblo, que no repara en empujón más o codazo menos y a quien sobra paciencia para aguantarse de pie horas y horas, esperando a que estalle un cohete o desfile un regimiento. Y todavía esta gente del pueblo a que aludo debe ser del pueblo de Madrid, porque la que venga de Navalagamella o Vitigudino no ha de tener expedición ni conocimiento del terreno suficientes para triunfar en la batalla de puños y codos.

Suelen ser los días de fiestas los más aburridos y contrariantes para el vecindario pacífico de una ciudad. En París los habitantes andaban desesperados el año de la Exposición. Todo les costaba doble y no encontraban coches ni ómnibus, aun pagando un ojo de la cara. París no era París. Verdad que la Exposición duró meses, y las fiestas de Mayo, por mucho que las estiren, no durarán más de quince días; pero con todo eso, sospecho que los madrileños gruñirán y rabián, al ver invadida su villa, ya asaz estrecha, por una horda de curiosos sedientos, ávidos de diversión, que materialmente se enredarán en los pies, como las hormigas de un hormiguero.

**

Entre los libros últimamente publicados figura uno de tanto interés para mí, que no a título de *juicio literario* (me los he vedado tratándose de autores vivos), sino como mera información y reseña de lo que el tal libro contiene, habré de gastar en él unos cuantos párrafos. — Es el titulado *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijóo*, y su autor el docto sacerdote y dignidad de la catedral de Burgos don Antolín López Peláez.

Sarmiento es un monje y escritor gallego fecundísimo y sapientísimo, que dejó inéditas casi todas sus obras. Le impulsaron a este retraimiento causas y razones que *mutatis mutandis* podrían también alegarse hoy para no publicar, especialmente la del «escaso o ningún fruto del libro, como no guste a dos ó tres.» Sarmiento fué sin duda un caso temperamental, un polígrafo, que emborrataba y se guardaba el manuscrito, o le consentía correr copiado, sin hacer gemir con él las prensas. Este sistema es, en cierto modo, una apelación a la posteridad.

Hasta su muerte no vieron la luz las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, trabajo el más conocido y consultado de Sarmiento.

Las demás que han visto la luz, de mí sé decir que aunque había leído algunas, apenas las recordaba, y con sumo gusto encuentro su catálogo en la obra del Sr. López Peláez. Son verdaderas monografías científicas, de esa ciencia pintoresca y algo crédula, llena de imaginación, del siglo XVIII. Feijóo, modelo é ídolo de Sarmiento, había seguido igual sistema: y en la elección de asuntos se ve la honrada intención, el ansia de mejoramiento y progreso que entonces agitaba las conciencias y alentaba a los superiores espíritus de aquellos honrados religiosos.

Sarmiento — cuyos escritos y vida aparecen concienzudamente analizados en el libro a que estoy refiriéndome — fué al lado de Feijóo ese fiel y apasionado discípulo, ese constante defensor, ese que suelen tener las altas personalidades, y que, ante la posteridad, se confunde y desaparece para dejarlas que brillen en toda su gloria. Acaso esta condición, de reflejo y sombra de Feijóo, sea lo que hace a Sarmiento tan simpático. Para renunciar a la vanidad y considerar hacienda propia la reputación ajena, se necesita poseer un fondo de hombría de bien y de lealtad que se delata en los escritos de Sarmiento, el cual tenía los defectos de su época, pero también las cualidades. Este carácter suyo, brusco, formal, independiente, sincero, está perfectamente estudiado en el libro del Sr. López Peláez. «Yo no escribo — decía el padre Sarmiento — para imprimir ni para contemplar gustos a la moda. Cada uno escriba lo que, cuanto y como quiera, que yo no estoy privado de hacer lo mismo.» Hoy — por desgracia, a mi entender — ningún religioso hace alarde de esta libertad, ni la otorga a los otros. Los religiosos escritores se diría que llevan mordaza y que están pendientes siempre del más ligero escrúpulo, del escándalo de los pacatos y pusilánimes y de la infundada opinión de los necios. A este encogido espíritu, ¡cuán preferible la rudeza y el desenfado de Sarmiento!

**

Y como Sarmiento, más todavía que Feijóo, es un *periodista* en el sentido de que sus escritos sufren de un modo patente la influencia de la actualidad, es sumamente curioso el examen que de ellos hace López Peláez colocándose en el punto de vista de la sociología y deduciendo de aquel vivo é irrefutable testimonio la manera de ser del siglo de Sarmiento y de Feijóo. Ambos experimentaban el deseo y, si así puede decirse, la inquietud de la reforma de los abusos de la Iglesia; saludable inquietud, característica de aquellos varones puros y de intachable vida, que sin la exterioridad austera del protestantismo, tenían el ideal de un clero ilustrado y sano, de una religión que elevase el alma y fuese hermana cariñosa de la sabiduría — como en tiempos del Renacimiento.

Por eso las ideas reformadoras se desbordan en los escritos del padre Sarmiento, y según nos dice su meritorio biógrafo, «censura los defectos en la elección y conducta de obispos, quiere evitar las injusticias en las oposiciones a prebendas, reprende las faltas cometidas contra la regla en algunos monasterios, fustiga a los malos predicadores, critica la opulencia de las catedrales, comparada a la pobreza de las parroquias, no transige con el descuido de los párrocos, reniega de los sermones pronunciados de memoria, examina con severidad los entretenimientos monjiles, los dulces y las flores, y se interesa por la cultura literaria de los canónigos.» Hoy no se concibe que un religioso tome la iniciativa de ciertas observaciones, adelantándose a las que con dañado fin pudiesen hacer los demolidores; entonces esto sucedía, y era, a mi parecer, signo de vida, revelación de fuerza.

Ni Feijóo ni Sarmiento transigían con los falsos milagros, con las patrañas y leyendas, aunque estuviesen tan arraigadas en el alma del pueblo como lo estaba la famosa de Nuestra Señora de la Barca, con su piedra movediza, que aún hoy atrae romerías y peregrinaciones. En este particular observo algo que merece notarse. Los que combatieron las supersticiones y creencias populares, hasta proponer la casa de orates para los que creyesen en *moras encantadas* y las galeras para quienes sin creer en ellas propalasen tales patrañas entre el vulgo, eran virtuosos monjes, de fe robusta, creyentes, que condenaban la superstición como el buen hortelano la cizaña. Y los que hoy restauran todo ese mundo de la fantasía religiosa condenado por los monjes, son gentes que, como Renán, no tienen fe, pero sí imaginación y sensibilidad nerviosa. No se admiraría poco Sarmiento al ver quiénes, en el siglo XIX, reconocieron como elemento artístico lo que él combatía y sentenciaba al manicomio.

Los excelentes monjes no dejaban superchería a vida. Falsas reliquias, supuestos cuerpos santos, que no se les pusiesen delante. Hoy, cuando recordamos tales campañas, unidas a las de reforma en las costumbres, medimos mejor la distancia que separa a un siglo de otro siglo. Hoy no estaríamos conformes con Sarmiento en esas pragmáticas contra el lujo, ni contra el número de coches superfluos; en cambio permanece de actualidad la empleomanía por él censurada, y como Sarmiento sufrimos hoy las molestias de las recomendaciones, no cesando de llover sobre nosotros las pretensiones de los que el benedictino gallego llamaba *sárganos*, y saltando a nuestros ojos los inconvenientes de esa «lista civil de la clase media» que se llama el presupuesto repartido... Y también la corriente de las ideas (a pesar del darwinismo y su principio de la transmisión hereditaria, que es el más aristocrático de cuantos ha proclamado la ciencia) va hacia el sentir de Sarmiento y confirma su dicho de que «toda nobleza sólo es personal y vitalicia,» y de que «así como hay escudos y timbres para los que descienden de un militar famoso, así, y con más razón, debe haber blasones para los que tienen por ascendientes a sabios ó literatos ó inventores, ó a los que de algún modo hayan hecho grandes beneficios al género humano.» Grande sería la sorpresa de Sarmiento, si hoy resucitase, al ver que los blasones se conceden al dinero ó a la influencia política, y que la idea de que sabios, literatos, inventores, bienhechores merecen alguna especial distinción en la jerarquía social, lleva camino de no prevalecer, por lo menos hasta una época en que se nos vaticina que ya no habrá ni tales distinciones, ni tal jerarquía, ni títere con cabeza.

**

Sarmiento reconocía ya en su tiempo la existencia de tres plagas que hoy han adquirido en España lamentable desarrollo: el robo (que es otra forma de la vagancia), la vagancia misma, la mendicidad. Una de sus mejores ocurrencias era la de querer que los soldados, en tiempo de paz, se dedicasen al trabajo, en labores de utilidad pública; y de cierto estaría conforme con el moderno criterio de que, en tiempo de paz también, sea el cuartel el complemento de la escuela. A la última andaba Sarmiento también al condenar la guerra «como espantosa calamidad y reminiscencia de las costumbres de los bárbaros,» y al preocuparse de su coste, y al defender el derecho de la mujer a ejercitarse en todo aquello para que sirve y posee aptitudes, y es profunda su sentencia de que «lo que hay escrito de moral sólo lo han escrito los hombres: falta una buena porción que escribiesen las mujeres para las mujeres...»

**

Y no continuó sacando jugo del libro del señor López Peláez, porque sería cuento de no acabar nunca; tanto es lo que me interesa este monje, que él solo resume y encarna la noble y honrada aspiración de un siglo en el cual la sociedad se transformaba y los espíritus percibían la esperanza de un bien que no nos han dado las instituciones modernas (confesémoslo).

EMILIA PARDO BAZÁN.